

Contenido de este Capítulo:

	Pág.
7. <i>Nombramiento como Presidente de la Comisión de la Escuela de Artes de Guadalajara.</i>	155
8. <i>Discurso pronunciado en el Instituto de Ciencias de esta capital, por el C. Lic. Ignacio Luis Vallarta, en la festividad nacional del 5 de mayo de 1863.</i>	156
9. <i>Comunicaciones con autoridades del Segundo Imperio Mexicano. 1865-1866.</i>	167

7

NOMBRAMIENTO

Como Presidente de la Comisión de la Escuela de Artes de Guadalajara (1863, 18 abril)

Gobernación:

Estando secularizado el establecimiento conocido con el nombre de "Escuela de Artes," y puesto bajo la impresión del Gobierno según lo declara el decreto fecha de hoy, este Gobierno según lo dispone el artículo 3o. del mismo decreto, he tenido a bien nombrar a usted en unión de los C.C. José Cortez y Salvador Brilmeza para que formen la Comisión de que en ese artículo se habla; y para que ésta llene el objeto que el Gobierno se propone se atenderá a las bases siguientes:

1a. La Comisión examinará el origen de las adquisiciones de los bienes, pertenecientes a Escuela de Arte; a cuyo efecto verá el testamento e inventarios del finado C. Martín Gutiérrez, recabando de los albaceas las aplicaciones necesarias.

2a. Averiguará qué bienes de la Junta de Caridad que hubo en esta capital pasaron a la referida escuela.

3a. Se impondrá de las actas de la Junta Directiva de dicho establecimiento y tomará de ellas las noticias necesarias para completar su informe, examinará los libros de contabilidad y verá cuantos más documentos necesite, pudiéndolos pedir a las oficinas, escribanos, particulares.

4a. Averiguará el actual estado de los fondos e indicará al Gobierno cuáles sean las causas por las que esos bienes no producían cuanto deben producir, dando sobre el particular, los informes necesarios que comprenden todos los puntos de reforma.

5a. Examinará los reglamentos del establecimiento y actual estado de organización, proponiendo también las reformas convenientes.

6a. Se entenderá directamente con el Gobierno por ahora, quedando después el establecimiento bajo la inspección del mismo Gobierno por conducto de la Dirección General de Ventas cuando quede definitivamente arreglado.

7a. La actual Junta Directiva hará la correspondiente entrega a la comisión nombrada, quien se hará cargo de administrar los bienes mencionados lo mejor que le sea posible, haciendo al efecto los cobros necesarios por medio de la facultad económico-ccactiva.

Comunicado a usted de Suprema orden para su inteligencia y efecto correspondientes.

Patria, Libertad y Reforma.

Guadalajara, abril 18 de 1863.

F. España

C. Lic. Ignacio L. Vallarta
Presente.



**República Mexicana
Gobierno y Comandancia
Militar del Estado
de Jalisco**

Secretaría.

Sección de Gobernación:

Con la mayor satisfacción se impuso el C. Gobernador del informe contenido en el oficio de 12 actual, escrito por usted como presidente y de los tres don Salvador Brilmega y don José Cortés como miembros de la Comisión de visita de la Escuela de Artes, acerca del estado que guarda dicho establecimiento, ha visto por dichos documentos el trabajo y eficacia con que la propia comisión se dedicó al cumplimiento del encargo que el Gobierno le confiara, dándole por todo, y por el apreciable conducto de usted las debidas gracias, bajo el concepto de que el referido informe producirá en su oportuno tiempo el efecto que se propuso la administración que acordó pedirlo.

Con el mismo oficio se recibieron en esta Secretaría los cortes de caja del establecimiento de que se trata, correspondiente a los meses de mayo a julio últimos; y queda enterado el Gobierno de haber continuado la administración económica en poder de los señores licenciados Gutiérrez Mallén y Rodríguez.

Al decir a usted lo expuesto en debida contestación, me es grato asegurarle mi particular consideración y aprecio.

Patria, Independencia y Libertad

Guadalajara, agosto 15 de 1867

Por ocupación. del C. secretario.

F. España

C. Lic. Ignacio L. Vallarta, Presidente de la Comisión Visitadora de la "Escuela de Artes".
Presente.



8

DISCURSO

Del Lic. Ignacio L. Vallarta*

Pronunciado en el salón del Instituto de Ciencias de esta capital, por el C. Lic. Ignacio Luis Vallarta en la festividad nacional del día 5 de mayo de 1863. Guadalajara.

* El País publicó su discurso en 12 de mayo de 1863. (N. del E.)

Nos decías que ibais a combatir a Juárez y yo respondo que ibais a colocar a Almonte : os habéis hecho el campeón de una individualidad, tenáis en vuestros bagages los malos restos de la emigración mexicana, que desertando de los verdaderos principios de la nacionalidad, apela al extranjero para recobrar un poder perdido...

Márquez, que acababa de robar quinientos mil pesos en un establecimiento inglés (la Legación Británica) ese Márquez cubierto de sangre europea, ese Márquez señalado por su atrocidad, se ha presentado al campo francés y ha sido acogido por nuestros generales, y hoy es nuestro aliado. Así, no sólo se ha desnaturalizado el objeto de la expedición, sino que se han imputado a Juárez todos esos actos de pillaje.

Discursos de M. Julio Faure, pronunciados en el Cuerpo Legislativo de Francia en las sesiones de los días 6 y 7 de febrero pasado.

Señores:

El mundo civilizado está mirando con asombro las injusticias incalificables de que está siendo víctima la República Mexicana de parte del emperador de Francia: la guerra que aquí estamos sufriendo es un hecho que la historia contemporánea registrará en sus anales, como el hecho más escandaloso que se haya consumado a la plena luz de la civilización del siglo XIX. La trascendencia importante de esa guerra, no sólo afecta a la autonomía y a la honra de nuestra patria, sino que llega a ser un serio peligro para la soberanía de las repúblicas hispanoamericanas y un amago para los mismos Estados Unidos del Norte; los gabinetes europeos que han oído en repetidas ocasiones a los ministros del emperador, sostener el principio de "no intervención", siguen con palpitante interés las vicisitudes de la presente terrible lucha entre un gobierno de fuerza formidable y un pueblo débil, sí, pero de invencible resistencia. Y no violando sólo las inconsecuencias de Napoleón, el principio de no intervención; sino que amagando la tranquilidad de todo un continente el pretendido derecho de conquista; la diplomacia del viejo mundo anda solícita mirando, si la cuestión mexicana podrá romper el equilibrio europeo y turbar todas las relaciones internacionales, políticas y mercantiles que unen a América y Europa.

Jamás en el suelo mexicano una cuestión más importante ha sido debatida en los campos de batalla y pocas veces la historia hace mención de una guerra más injustificable en sus causas, más censurable en sus medios y más atentatoria en sus fines. No sólo se trata de saber hoy si existe el derecho de gentes, o si todas las reglas de la justicia de las naciones pueden ser aplastadas por la bota de un general francés; no sólo se trata de saber si el respeto a las nacionalidades consagrado por la ciencia, es una conquista del presente siglo, o si la palabra de un hombre que está en las Tullerías, puede a su antojo borrar a un pueblo del catálogo de las naciones; trátase también de saber si el mundo de Colón vive en su soberanía internacional, o si las razas que lo pueblan, no son más que rebaños de cuya propiedad ha de disponer el primer ambicioso atrevido. Por esto, señores: el pabellón nacional que ondea majestuoso sobre los baluartes de Zaragoza y enfrente del campo francés, se mira desde Pekín hasta San Petersburgo, desde el Cabo de Hornos hasta el estrecho de Behring: esto las repúblicas, nuestras hermanas, nos envían sus más fervientes votos y bendicen nuestras armas y celebran nuestros triunfos y se agitan y se preparan para el día de batalla: por esto el coloso del norte aún chorreando sangre por la heridas que su infausta guerra civil le ha abierto, no aparta su mirada de los muros de Puebla y se dispone también para sostener los fueros de su raza anglosajona: por esto, en fin, la diplomacia europea quiere saber si la cuestión mexicana podrá perturbar el *statu quo* de las relaciones de los pueblos.

Y semejante cuestión no empequeñece su indisputable importancia, porque de su natural terreno internacional se la arranque, para ir a examinarla en su trascendencia sobre los destinos de México: encerrándola en nuestras fronteras y mirándola en sus relaciones con la suerte de nuestra patria, ella es siempre la cuestión más importante que en nuestro suelo se ha debatido en los campos de batalla. Las promesas que al país hiciera la revolución filosófica que lo acaba de conmover; los trabajos de tantos años para reconstruir la sociedad mexicana; la sangre a torrentes ofrecida en los altares de la Reforma, a todo eso toca el corazón la presente lucha: más aún, la extraña diplomacia que a México traen los ministros extranjeros con sus relaciones y sus protestas y sus exigencias; la confusión portentosa en que aquí ha puesto al derecho internacional la insolencia

de esos ministros, sólo porque a nuestra patria se le considera débil; esos precedentes, arrancados con astucia a nuestros gobiernos en medio de los motines, están también en pie esperando saber si México los arroja de su suelo con el ejército francés derrotado, o si la oprobiosa tutela del cuerpo diplomático sigue aquí legitimando los títulos al poder. Para México la actual guerra con el emperador, es no sólo el complemento de su regeneración social, sino que es la rehabilitación de sus derechos, por la fuerza de sus armas ante el mundo.

Complácese el orgullo nacional, señores, en rebajar todavía el interés de esa guerra: siéntese satisfecho el corazón mexicano, cuando abandonado a la apreciación de una guerra, que condena el derecho internacional y que puede en su crecimiento causar gravísimas complicaciones en América y Europa; cuando dejando al patriotismo ilustrado de nuestro gobierno la solución satisfactoria y honrosa de las cuestiones que para el porvenir nacional, la actual lucha encierra, siéntese satisfecho, repito, el corazón mexicano, cuando no mira sino a los combatientes en la batalla. El hombre más poderoso de Europa, la potencia militar más fuerte, el ejército europeo más afamado ha venido a luchar con un pueblo nacido ayer, sin marina, sin ejército y sin hacienda, extenuado por un luchar sin tregua de medio siglo, víctima inocente de una anarquía terrible de la que apenas estaba escapándose; pero he dicho mal, señores, el emperador de Francia no viene sólo a luchar con el pueblo mexicano; ha buscado a los traidores que lo siguen en su expedición que lo auxilien en su conquista... Si es una mengua en el hombre atacar y herir con alevosía y con ventaja al débil, la historia que ya se ha apoderado del perjuro del 2 de diciembre, dirá cómo se llama para el imperio francés, la expedición de México... la historia juzgará a Juárez en frente de Napoleón y a Zaragoza en frente de Márquez.

Hoy que venimos, señores, a celebrar en la presente solemnidad uno de los más bellos días que han luido sobre nuestra patria, hoy que en Puebla de Zaragoza y tal vez en este mismo momento se está derramando mucha sangre de nuestros soldados, hoy que la cuestión mexicana está ocupando al mundo, el deber del orador en esta tribuna, es mirar a esa guerra con el emperador en sus más salientes puntos de vista: es considerar a esa guerra en su influencia con los destinos de nuestra patria. Y contar cómo el francés llegó a Puebla a ser derrotado el memorable 5 de mayo de 1862, y decir lo que Napoleón viene buscando a México, y por qué medios, es cantar un himno de alabanza a las glorias nacionales. Y hablar del vencedor de los franceses, enaltecer su fe en el triunfo de México, es vigorizar el sentimiento patriótico que hoy nos trae aquí a celebrar una fiesta, y que tal vez mañana nos lleve al campo de batalla a imitar el ejemplo de Zaragoza. Entro ya en materia.

El espíritu que anima a la expedición francesa a México, ha salido ya de las tinieblas del gabinete de las Tullerías, y se ha revelado tal cual es a la prensa del mundo civilizado: el secreto, que el emperador ocultó en el tratado de Londres engañando a la Inglaterra y a la España, se ha publicado en toda su deformidad repugnante. En vano es que el ministro Thouvenel esconda su pensamiento tras las instrucciones que dio al contralmirante Jurien de la Graviere; la protección que mandó dar a la parte sana de la nación, comenzó a vender el secreto de las Tullerías porque, "en Francia se celebra hoy la orgía del orden," según palabra enérgica de Víctor Hugo, y en los hombres de orden, nadie ni en Francia, ni en México, ignora lo que es esa frase: *parte sana de la nación*; vano es que el comisario imperial y el ministro de Francia hayan dicho mintiendo, que no venían a intervenir en la política mexicana, el nombramiento de Almonte, jefe supremo de la nación protestó contra esos embustes: en vano es que el conde de Laurencez haya asegurado que protegía a los hombres honrados de todos los partidos, de quienes venía a rodearse para dar a México el gobierno que a su voluntad cuadrara; Márquez está en el campo francés; Almonte trafa la ridícula candidatura de Maximiliano de Austria, y en París se había ya resuelto levantar un trono sobre el sillón presidencial de Juárez, en vano se aseguró en la convención de Londres, que Francia venía a México a cobrar lo que se le debe, a exigir reparación de sus agravios y a buscar garantías para el porvenir; la pequeña suma que importa la convención francesa, no costaba siquiera los gastos de la expedición; el asesino de los médicos de Tacubaya, el ladrón de los fondos británicos, el bandido que más ofendiera a México en su honra y al extranjero en sus derechos es el aliado del ejército francés, el Partido Liberal simpatizaba con la población francesa en México, todo lo que la reacción la odiaba, ambos en recuerdo de Voltaire, de Dantón, de Mirabeau y de Hugo!... Los cañones de Zaragoza

han arrojado sobre la cara del emperador todos esos embustes tras de los que, la política imperial escondió la mejor realización de sus proyectos.

Los preliminares de La Soledad, sin embargo, fueron potentes a acallar, ya que no a desvanecer por completo, las justas sospechas que la política francesa inspiraba: la protesta hecha a nombre del honor, la convención asegurada con las firmas de dos de los representantes del imperio eran un gravísimo argumento que no dejaba ya hablar la desconfianza más susceptible pero lo que con escándalo del mundo pasó después; pero las cínicas e injustificables pretensiones de Saligny en lo que llamó su *ultimátum*; pero la brusca separación de los ejércitos de España e Inglaterra de la alianza francesa; pero la violación flagrante de los preliminares, acabaron de rasgar ante la luz de la evidencia el velo que cubría de diplomacia napoleónica, entonces México pudo saber lo que de él se exigía y entonces el mundo pudo apreciar en toda su importancia a la cuestión mexicana.

Las revelaciones caracterizadas que el caballeroso Conde de Reus hizo a la faz de la Europa, en medio del Senado español, sobre los gravísimos sucesos lo obligaron, explicaron, por fin, el misterio de iniquidad que nadie pudiera creer todavía si los hechos no hicieren imposible la duda. La prensa y la tribuna protestaron contra tan enormes atentados; la prensa y la tribuna condenaron con eterna reprobación los manejos de la política imperial. El Senado español y el Parlamento inglés se separaron de esa política; la España y la Inglaterra se retiraron de la alianza francesa, y en el mismo cuerpo legislativo del imperio hubo una voz bastante valiente y generosa que tomara la defensa de México.

Nadie podía creer que el gobierno imperial aprobara lo que Saligny en México estaba haciendo, y el mundo civilizado esperaba que la reprobación más enérgica vendría a responder a la conducta de ese plenipotenciario. El gobierno mexicano se limitó a declarar que rechazaría la fuerza con la fuerza, y confió en que un sentimiento de justicia que quedara en los consejos del emperador, apartaría de los pueblos unidos con estrechas simpatías las calamidades de una guerra terrible. Thouvenel encontró perfectamente bien hecho lo que Saligny había ejecutado: se llamó a Jurien de Le Graviere, que sin duda no era del agrado de este diplomático y con un cinismo que espanta y que en el cuerpo legislativo de Francia se calificó con su nombre. Thouvenel deja a Saligny *en gran latitud* para cobrar a México doce millones de pesos, de los que el Ministro de Negocios Extranjeros no tenía ni noticia. Thouvenel permite cubrir el negocio Jacker con la bandera francesa, y Thouvenel, en fin, aprueba el "ultimátum" para el que el gobierno francés no sólo no había dado instrucciones, sino que ni siquiera tenía conocimiento de él. Cuando México eso supo, tembló de rabia de verse así ofendido por un gobierno que se dice civilizado: comprendió entonces de qué se trataba y sus soldados y sus cañones se prepararon a sostener la justicia de sus derechos.

Cuando las naciones extranjeras eso supieron, miraron con asombro lo que en las Tullerías se hacía: si la guerra que Francia trajo a México, hubiera estado precedida de la justa declaración de rompimiento de las hostilidades; si México se negara por completo a la reparación de una de esas graves injurias que autorizan conforme al derecho internacional, el terrible y último derecho de la guerra, si Francia al tocar siquiera nuestras playas, hubiera dicho qué quería; si el principio de no intervención no estuviera violado; si la convención de Londres no existiera; si los preliminares de La Soledad no se hubieran infringido por los franceses faltando a la fe de los tratados, la diplomacia extranjera no estudiaría la presente guerra sino en su influencia con el engrandamiento de la dinastía bonapartista, para cuidar el mantenimiento del equilibrio europeo. Pero la cuestión mexicana importa la violación del derecho de gentes, y en ella están por esto interesadas las nacionalidades extranjeras.

Hoy nadie desconoce adónde conducen los proyectos del emperador a la expedición pirática (piratas, señores, se llaman los que entran a un pueblo en son de guerra), sin decir siquiera por qué hacen la guerra; a la expedición pirática, repito, que destruye nuestras ciudades. Ni el cobro de un puñado de pesos que México debe a Francia, por qué, porque no es lícito ni a los gobiernos ni a los particulares matar a su deudor para obli-

garlo a pagar como lo ha dicho Julio Faurani el castigo de los supuestos agravios de México, hiciera a la Francia, porque los autores de ellos están en el campo francés; ni las garantías para el porvenir, porque la población francesa de México nada tenía que temer del Partido Liberal y del gobierno constitucional; ni el mismo, imperecedero *ultimátum* de Saligny, porque el gobierno imperial no lo conocía siquiera en sus exorbitantes cifras, en sus avanzadas pretensiones, nada de todo eso es el motivo de la guerra. *Aquellos* pretextos se invocaron en la Convención de Londres, porque era preciso decir algo al mundo, y este *ultimátum* lo escribió aquí Saligny, porque el negocio Jecker y los doce millones, le prometen buena especulación; pero ello será un negocio de Saligny y no del emperador. No, ninguno de esos embustes ni de estas pequeñeces han inspirado "el más bello ensueño del reinado de Napoleón III", como la prensa ministerial de Francia llama a la expedición pirática a México.

Quiere Napoleón poner un pie en América, para ser el árbitro de los destinos de un continente, quiere adueñarse de México como un cazador se adueña de un rebaño salvaje: quiere extender sus dominios por toda la cordillera de los Andes: quiere interponerse entre la raza latina y la anglosajona: quiere con su sable marcar el límite del progreso de los Estados Unidos: quiere matar en América el espíritu democrático para implantar aquí, como de aquí se lleva a París una planta exótica, el elemento monárquico; quiere decapitar a la República en América, como ametralló en Francia a la Libertad, en su célebre 2 de diciembre: quiere ser el César del siglo XIX, soñando resucitar la monarquía universal, cuando ella murió con la grandeza romana, ¡hace diez y nueve siglos!...

Tan insensato es todo eso, como pretender apagar la luz del sol que vivifica la tierra, con los disparos de cien cañones rayados: tan imposible es todo eso, como lo fue matar la ciencia con la retractación de Galileo; tan absurdo es todo eso como desquiciar el orden de los mundos, sin el punto de apoyo que pedía Arquímedes; tan insensato, tan imposible, tan absurdo es todo eso que bien se puede llamar no el más bello ensueño, sino la más disparatada locura del reinado de Napoleón III.

Napoleón el Grande, soñó conquistar Egipto: en el portentoso cambio de las relaciones políticas y mercantiles de los pueblos europeos, que ese titán emprendiera, la historia, en su severidad contra el usurpador, ha tenido una palabra de admiración para el genio: Napoleón el Pequeño sueña hoy monarquizar a América, y la historia se ha apoderado del loco criminal, y lo llevará hasta las últimas generaciones, encerrado como un tigre en una jaula de fierro.

Lo he dicho ya, señores, "Napoleón quiere, adueñarse de México, como un cazador se adueña de un rebaño salvaje": pues bien, México sabe por todos los medios, sin excluir los que el respeto a la justicia reprueba, se la quiere borrar del catálogo de las naciones soberanas; pero sabía también que venderá a precio de mucha sangre francesa autonomía y en medio de su debilidad está orgullosa de estar peleando sola a la vanguardia de los pueblos americanos, en pro de los fueros del Nuevo Mundo, y en contra de la formidable pujanza de Napoleón.

Esta es la empresa; esta es la cuestión mexicana; este el más bello ensueño del reinado de Napoleón III. Y los medios gigantescos para acometer esa obra, titánica, ¿cuáles son? Lo absurdo de aquella empresa no es igual más que a lo ridículo de estos medios: La grandeza disparatada de la obra, sólo compite con la pequeñez miserable de los elementos que para realizarla se han adoptado.

El infame traidor, Almonte contó a Napoleón que las nueve décimas partes de la población de México, recibirían gustosas al amo que de Europa se quisiera mandárseles; Saligny dijo del gobierno mexicano cuantas calumnias en su avaricia concibiera, Napoleón creyó a Almonte y a Saligny para comenzar la grande obra, el emperador hizo creer al pueblo que cuatro años hace está vivaqueando en los campos de batalla en defensa de sus libertades, la injuria de creerlo tan débil y tan desgraciado que a hacer su conquista, bastaran seis mil franceses. ¿Cómo los bandidos de México podrían siquiera ver de lejos el caprichoso vestido de un suave sin

espantarse? La fatuidad del emperador quedó satisfecha cuando esa expedición ridícula partió para Veracruz. Un ministro Billault que tiene la triste celebridad de haber injuriado gratuitamente a México en la tribuna en que se proclamaron los derechos del hombre y la prensa ministerial quedaron en Francia esperando los triunfos de la expedición, para enaltecer las glorias del emperador.

¿Y esto es increíble siquiera? Lo que un millón de soldados jamás hará, lo que ningún genio hubiera intentado siquiera, se fio a seis mil hombres, y al oscuro nombre de un Laurencez. En la cuestión mexicana hay realmente un acontecimiento que la historia no podrá explicar a la posteridad.

Napoleón no conoce a México y aunque su ignorancia no disculpe sus crímenes, es necesario decirle quiénes son sus aliados, quién es la parte sana de la nación. Nuestro ridículo conquistador no sabe ni la geografía del país en que pelea, ni conoce sus estadísticas, ni su historia, y hasta creer que los soldados mexicanos andan vestidos de plumas. Pero bueno es que sepa lo que valen sus aliados, los traidores.

Lo que la reacción vale para conquistar a México, ya lo dicen elocuentemente los diez y seis meses de campaña que ha hecho el ejército francés: allí está el pronunciamiento de Orizaba para dar testimonio de la espontaneidad unánime con que el pueblo mexicano corre a pronunciarse por la intervención; y si aún más se quiere, ahí están las famosas cartas de Almonte pretendiendo seducir a nuestros soldados; y si quiere más ahí están las proezas de Rivas en Aqualulco, de Larrumbide en Aguascalientes, de Buitrón en el Monte de las Cruces, y ahí está la traición aplastada por la voluntad del pueblo mexicano, en donde quiere que a fuerza de crímenes levante la cabeza.

Es preciso que Napoleón lo sepa bien, siquiera, para que en su rabia devore el ridículo de su "bello sueño", en México hay traidores por una lamentable desgracia; pero la causa de la traición, no es la bandera del pueblo mexicano: La parte sana de la Nación, no son más que los viejos que sueñan con la monarquía y que en su chochez no saben más que pagar pronunciamientos. Las maldiciones que Almonte arranca del pueblo mexicano y que han resonado por los cuatro ángulos de la República dirán a Napoleón, si ese pueblo se puede suicidar siguiendo a los traidores.

¿Y la obra de adueñarse de México y de influir en el mundo de Colón, cuyas vastas trascendencias ya conocemos, cuya importancia ya apreciamos y cuyos autores ya juzgamos, cómo se ha realizado? Billault ha conquistado para el imperio la gloria, ¿Cómo ha comprado los votos del cuerpo legislativo? ¿Laurencez ha mandado a Farrey a París como testimonio vivo de sus victorias en México?

Decir todo eso señores, es entonar un cántico de alabanza a nuestra patria, es celebrar la memoria del día 5 de mayo de 1862, es solemnizar la presente festividad, aniversario de uno de los bellos días que han luido sobre México. Contémonos hoy, señores las glorias nacionales: repitamos cien veces en este día la historia de la jornada del 5 de mayo y dejémonos que Napoleón apure hasta las heces toda la vergüenza que su derrota hace desbordarse desde los profundos secretos de la política imperial.

El General Conde de Laurencez, abrió su marcha sobre el interior del país, franqueando las posiciones formidables del ejército mexicano, por medio de la violación del artículo 4 de los preliminares de La Soledad; no quiso y con razón retirarse a Paso Ancho porque en su torpeza jamás habría podido trepar las cumbres del "Chiquihuite", quien no pudo saltar el Cerro de Guadalupe: abrió su marcha sobre el interior del país ordenando a la traición que se pronunciase en Orizaba, hasta suplantando firmas y llegó por fin, en frente de la invicta Puebla, creyendo como Almonte se lo aseguraba, que sería allí recibido en medio de una ovación. Torpe, vive Dios, es el general que la víspera de su derrota ve arcos triunfales, en donde no hay más que cañones en batería, más que soldados en batalla! ...

Era el día 3 de mayo de 1862; llegaba en marcha retrógrada el ejército nacional a Puebla: las fortificaciones estaban desatendidas, el pequeño cuerpo del Ejército de Oriente, era inferior, con mucho al ejército invasor, y tenía que luchar también con los traidores que estaban ya en Atlixco y en Matamoros de Izúcar. En medio del desconsuelo de una retirada, y en la fatiga de penosas marchas, el inmortal General Zaragoza, resuelve pararse en Puebla y legar, muriendo, a sus conciudadanos un bello modelo que imitar: el inmortal General Zaragoza, se sintió grande y fuerte, con fe que transforma a los hombres en héroes y puso con vencedora espada, el hasta aquí a la invasión.

La orden general del día revela al ejército la resolución de su General: la orden para el combate la publican los clarines y la celebran los soldados. Se cubren los puntos de defensa, se organizan las reservas, se dispone el campo de batalla.

A la diez de la mañana del día 5 de mayo, el ejército francés ataca con mucha bizarría, aunque su General en jefe se haya portado con torpeza, y antes de que el sol se ocultara tras el brillante Popocatepetl, el ejército francés estaba derrotado y los traidores de Atlixco y Matamoros estaban también derrotados y en confuso tropel iban corriendo a buscar un refugio a la retaguardia del General Laurencez. El ejército francés abandonaba el campo de batalla, dejando en él a sus muertos y heridos, heridos por la espalda; dejando en él las cruces y condecoraciones de Sebastopol, Magenta y Solferino: dejando en él el monumento imprecadero de la gloria de México.

La fatuidad de Napoleón, la imprudencia de Saligny, la torpeza de Laurencez, los insultos que nos prodigó la prensa asalariada del imperio del orgullo del ejército francés, la infamia de los traidores todo eso fue allí castigado, humillado, vengado. El ejército francés volvió la espalda a su enemigo y vencedor para ir a devorar la afrenta de su derrota en la humillación de una retirada.

Fue un hecho providencial que Napoleón se viera así comprometido ante el mundo en una guerra, cuya reprobación ninguna palabra puede hacer con la energía que merece. Esa guerra ha abierto sobre México la época más célebre de su historia, esa guerra ha levantado a nuestra patria hasta la altura inconmensurable de sus grandiosos destinos: esa guerra abre de par en par las magníficas puertas del espléndido porvenir nacional. El mundo está presenciando asombrado el espectáculo sublime de un pueblo que sin ejército esté humillando día a día la arrogancia de la potencia militar más fuerte de la Europa occidental. Esa guerra hoy terriblemente comprometida, es ya el remordimiento de Napoleón, es ya la ignominia de su reinado, y será mañana la revelación ante los pueblos oprimidos por los tiranos de la fuerza del derecho, de la omnipotencia de las nacionalidades que luchan por su autonomía.

La guerra con el emperador no terminará sino dejando a México constituido, fuerte y respetado y no terminará, porque ni México firmará una paz oprobiosa, ni el orgullo por Juárez: es esa guerra un sublime duelo a muerte entre un pueblo soberano y un usurpador de las libertades de otro pueblo! ¡Fe, conciudadanos! ¡En ese juicio de Dios no puede morir la razón, el derecho, la justicia! Un millón de soldados no puede derrotar la causa de México y México triunfará!

¿Quién pudiera decir lo que las trascendencias importantes de esa guerra valen para los destinos de nuestra patria? ¿Quién podrá apreciar en su inmenso valor el poderoso elemento social que hoy está trabajando la suerte de nuestro país? Si, la guerra, señores, es un elemento civilizador y necesario para el desarrollo de la humanidad, y si queréis juzgar de esta verdad a la luz de los actuales sucesos, y bendecir con entusiasmo la guerra que sostenemos y penetrar en los vastos horizontes de vivísima luz que allá en el porvenir se alcanzan a mirar; ófme por un instante.

Calamidades sin número y sin medida afligían a México dolorosísimamente: nuestra patria se agitaba en una guerra civil desastrosa, luchando por constituirse bajo las inspiraciones de la democracia el cañón re-

publicano tronó peleando por la Reforma: transcurrieron dos años apenas y las instituciones del pasado eran un montón de ruinas. Lo que las naciones más adelantadas de Europa no adquirieron sino en siglos de carnicerías horribles, México la conquistó en dos años de una guerra sin cuartel.

Pero aún quedaba algo por hacer, y ello lo hará, no lo dudéis, la guerra que sostenemos con el Emperador. Las torpes condescendencias de nuestros gobiernos, débiles en medio de los mítines hacia las cortes extranjeras habían establecido, permitidme la expresión, un derecho internacional en México, que no es el derecho internacional de los pueblos: pactos leoninos eran para nuestra patria las convenciones diplomáticas y en el derecho internacional que aquí se usaba, más que la garantía de sus derechos soberanos, tenía México una espada que semejante a la de Damocles, amenazaba instante por instante caer sobre su cabeza. Aquí los ministros extranjeros conspiraban contra el gobierno y las inmunidades diplomáticas les aseguraban la impunidad: aquí el reconocimiento del cuerpo diplomático legitimaba los artículos al poder, y nuestros gobiernos buscaban afanosos la benevolencia de los ministros: aquí las exigencias de un plenipotenciario o hasta un secretario de legación autorizaban a pedir la infracción de una ley mexicana, aunque fuera la fundamental del país: aquí los ministros cubrían con su bandera la reclamación de un extranjero que cobraba enormes sumas, porque en medio de la guerra civil no podía con su industria reunir un millón de pesos en dos años, para volver a París a gastarlos. Aquí está un Pacheco, embajador que vino a dar vida a un partido muerto: aquí estuvo un Letsson, que daba hasta órdenes a la prensa del país para que no descubriera los misterios que la célebre cuestión Barrón encerraba: aquí estuvo un Sorela que exigió del gobierno mexicano, que en veinticuatro horas aprehendiese, juzgase y castigase con la muerte a los asesinos de San Vicente y Chiconcuaque, so pena de cerrar la legación española; aquí estuvo en Neri del Barrio, cuya casa era el foco de la conspiración: aquí estaba un Wagner, que era el corresponsal de Napoleón III mientras éste estaba en guerra con México, y aquí anda en el país todavía un Saligny, cuyo *ultimátum* recogerá la historia para decir su imprudencia. Aquí está en fin, la historia diplomática de México que cuenta cómo los agentes consulares se daban las prerrogativas de los ministros, cómo los extranjeros eran de mejor condición, que los mexicanos cómo la reclamación de un particular se metía dentro de las convenciones, cómo por último, México doblaba su cabeza ante la insolencia sin límites de los ministros extranjeros.

México, regenerado en su pasada revolución social, no podía seguir viviendo bajo la tutela humillante de los cuerpos diplomáticos: México, nación soberana, no podía seguir oyendo en son de amenaza las exigencias extranjeras: México no podía estar tolerando que cada vieja fragata de guerra que tocara a nuestros puertos, injuriase al pabellón nacional, hiciese el contrabando, cometiese actos de piratería, y luego nos dejara en su cólera prometida, la venida de las escuadras. México, no es un país de imbéciles para ser así burlado, ni sus hijos tienen miedo a los cañones rayados para ser así tratados.

Fue un hecho providencial, lo repito, que la fatuidad de Napoleón, mirara comprometida una terrible guerra entre México y sus esbirros con motivo del NEGOCIO DE PUEBLA. Aquella situación tendrá un término y la presente guerra se lo dará. Nuestro país se rehabilitará en la presente guerra extranjera ante el mundo, como en su última revolución se regeneró en sus instituciones políticas.

El aislamiento sublime en que México pelea con el emperador, enaltecerá todavía más sus glorias y le conquistará de los gobiernos extranjeros, más profundo respeto a su autonomía. México combate solo y a nadie, a ninguna potencia tiene que agradecer la más pequeña cooperación. La España se sentirá avergonzada de la complacencia de sus gobernantes hacia Napoleón, los que lejos de haber reclamado la violación de la Convención de Londres, han presentado sus excusas al emperador para no venir a conquistarnos: la España, muy pronto, seguirá al Conde de Reus; condenando la política del gobierno español: la Inglaterra se arrepentirá de haberse dejado engañar con la alianza francesa, sin hacer más que esperar el resultado de los sucesos en México: los Estados Unidos que preocupados con su guerra civil, han tenido a Napoleón hasta el extremo de permitir en sus puertas el contrabando de guerras, darán pronto satisfacción a México de la violación de las leyes de la neutralidad en tiempos de guerra y España, Inglaterra y Estados Unidos y el mundo entero se avergonzarán de haber contribuido, permitido y tolerado que a la mitad del siglo XIX haya estallado una gue-

rra, que atropella cuantos principios el derecho de la gente proclama en respecto de la humanidad. La diplomacia europea y la norteamericana, que no son de seguro amigas de la diplomacia imperial, se avergonzarán de haber presenciado, encerradas en un frío egoísmo, que un famoso ladrón de las libertades de un pueblo, haya venido a asaltar tenebrosamente a otro pueblo para despojarlo de los bienes más inestimables que posee.

Pero toda esa vergüenza de los gobiernos extranjeros, a nosotros no nos importa: lo que sí sabemos, lo que jamás debemos olvidar es que hoy la guerra con Francia tiene para México la imperiosa exigencia de que nuestras relaciones internacionales entren bajo un pie de igualdad perfecta con el extranjero, al dominio del derecho de las naciones soberanas. Hoy ya no quiere México, tener la *honra* de ser deudora de Inglaterra de una fuerte suma exagerada enormemente con el agio, sólo para tener el gusto de ver aquí a un ministro inglés: quiere emanciparse de los cuerpos diplomáticos, quiere rechazar a cañonazos las exigencias de los ministros extranjeros; quiere que en el mundo se le prodiguen los respetos que da a su soberanía el derecho de gentes, y quiere en fin, que no vuelva otro Saligny a ensuciar su suelo con su presencia. Y lo hará señores: ahí está el valor de Ortega, la dignidad imperturbable de Juárez, el patriotismo ilustrado e intransigible de La Fuerte, y aquí estamos siete millones de mexicanos que lo queremos soberanamente!

Comprendéis, ahora, señores, las trascendencias magníficas de la jornada del 5 de mayo? Miráis cómo Zaragoza resplandeciente de gloria abrió para México una época que no tiene igual ni semejante en nuestros anales? Habéis visto en medio de la misteriosa trabazón de los sucesos, como la lógica de la historia ha arrebatado a México hasta su porvenir majestuoso? Sabéis ya lo que vale la jornada del 5 de mayo de 1862? ¿No miráis en el cerro de Guadalupe ondear victorioso el pabellón nacional enfrente del ejército francés, que ha sentido por la espalda las puntas de nuestras bayonetas, el filo de nuestras lanzas? ¿No lo veis insultado allá en Veracruz en manos de los traidores, hoy desplegar majestuoso sus hermosos colores delante de los batallones enemigos? ¿No sabéis que en diez y seis meses de campaña, los franceses no han ocupado realmente más que las ruinas de San Javier y de cinco manzanas de la invencible Puebla de Zaragoza? ¿No miráis que el vencedor de Solferino que venía a ocupar esa plaza en unas pocas horas para solemnizar el aniversario del nacimiento del príncipe imperial, está hace cuarenta días enfrente de nuestros valientes, presenciando la desmoralización de sus tropas? ¿No conocéis el afanoso interés con que nuestra bandera nacional se ve desde Pekín hasta San Petersburgo, desde el Cabo de Hornos hasta el estrecho de Behring?... Vivimos en una época fecunda en grandeza; presenciemos un espectáculo magnífico; enorgullecámonos, señores, de pertenecer a la generación actual que ha levantado a México hasta la altura de sus destinos!...

¡Afuera los ministros extranjeros, que con sus pretensiones nos insultan! ¡Afuera los abusos de esos diplomáticos! ¡Paso al derecho internacional! ¡Que el extranjero, cualquiera que sea su idioma y su religión, encuentre abiertas de par en par las puertas de la República Mexicana; que la colonización extranjera pueble nuestros desiertos y fecundice con su industria nuestros campos, pero que nadie, ni el mismo Napoleón con todos sus cañones tenga la licencia de insultarnos! ¡Pero que nadie, ni todas las potencias extranjeras juntas vengan aquí a violar los fueros soberanos de nuestra patria.

Celebrando esta festividad, hemos llegado hasta saludar el porvenir glorioso de México, y es que en la jornada del 5 de mayo está el germen fecundo del bienestar futuro de la patria. Honrando la memoria de Zaragoza hemos llegado hasta proclamarlo héroe y es que su victoria sobre los franceses es un hecho que a Napoleón sorprendió, que el mundo no esperaba, y que reveló a México la conciencia de su fuerza invencible.

Lo que México en su aislamiento está haciendo no quedará perdido ni para los pueblos que gimen en el despotismo. Mirad a la Polonia ametrallada por los cañones del zar: mirad a la Hungría azotada por el látigo de Hayneau: la tumba del General Sesputoski ha conmovido ya al zar sobre su trono. Que la simpática, valiente y desgraciada Polonia vengue sus injurias y castigue a sus tiranos! Que las formidables lanzas de la caballería polaca rompan para siempre, en nombre de la soberanía de los pueblos los protocolos del Congreso de Viena.

¿Y la Italia nada hará? Y los incendios de Moscú y de San Petersburgo no quemarán la autocracia rusa? ¿Y el pueblo francés no resucitará cumpliendo la brillante profecía de Victor Hugo? ¿Y la tribuna francesa que ocuparon Mirabeau y Vergniaud seguirá siendo profanada por Billault? ¿El cuerpo legislativo del Imperio seguirá matando el derecho de la razón en la nuca de Julio Faure? El pueblo francés que en su revolución de 1773 tuvo traidores como los tiene hoy México; que pudo pelear venciendo la coalición de los tronos; y a sus héroes? ¿Las farsas del Imperio, los galones de los mariscales, la expedición a Roma le han hecho olvidar su inmortal Marsellesa?

La diplomacia europea, señores, anda pensativa y melancólica. Lo que en México pasa enseña a los pueblos oprimidos que no hay bayonetas bastantes a dominarlos. Esa lección es tremenda para los tiranos. ¿Quién pudiera cortar los alambres del telégrafo, fundir los tipos de la imprenta, paralizar el vapor, para que los pueblos de Europa no sepan lo que hace el pueblo mexicano? Eso sería mejor que mandar a la policía imperial que recoja a las fronteras de Francia todos los periódicos. ¿Quién pudiera comprimir el corazón de los pueblos para que en sus latidos no volviera a simpatizar jamás con otros pueblos que saben morir peleando por su libertad?... El emperador nunca podrá sofocar siquiera uno de los latidos del corazón del pueblo francés. Y ¡ay, del emperador el día en que ese pueblo vea el inmenso charco de sangre con que se han teñido las calles de Puebla de Zaragoza! ¡Ay del emperador el día en que ese pueblo sepa la horrible historia de la diplomacia imperial en la cuestión mexicana!

No es posible dudarlo: lo que entre nosotros está pasando es grande, espléndido, magnífico. Un pueblo armado peleando con la potencia más fuerte de Europa, un pueblo que no tiene ni ejército, ni marina conteniendo con decisión el vuelo de las águilas imperiales sobre Puebla de Zaragoza y capturando buques de alto bordo en las aguas de Tampico: unos soldados de ayer derrotando a los vencedores de Solferino: unos generales a quienes jamás el miedo vencedor de Montebello, comprometida en necias fanfarronadas, el valor de Ortega compitiendo con el heroísmo de Zaragoza, la fe de Juárez brillando serena como faro en la tempestad: la energía de La Fuente, sosteniendo con vigor en la cuestión internacional los derechos de México: y en el ejército, qué bizarría, qué abnegación, qué ejemplo! Y en el gobierno, qué firmeza, qué inteligencia qué previsión! En el país, qué patriotismo, qué esperanza, qué porvenir!

La brillante situación que alcanzamos, tuvo por origen la jornada del 5 de mayo, está sostenida por la heroica defensa de Puebla de Zaragoza, cuyos episodios inmortales, cuyos pormenores sublimes no cuenta muchas veces la historia y la derrota completa del ejército francés, hará de estos tremendos días la prueba, una epopeya sublime en el que el pueblo es el héroe. Agrupémonos, mexicanos, alrededor del pabellón nacional, y levantémoslo tan alto que lo vea el mundo con respeto!

Que Napoleón mande más regimientos para reforzar su diezmada expedición: que a Forey, el general cuya hoja de servicios, cuenta veinticinco batallas, y cuyo *ímpetu irresistible* vino a morir a Puebla lo reemplace con el mariscal Pellicier, el vencedor de Sebastopol. Aquí tenemos al Ejército de Oriente, aquí están Ortega, Negrete y tantos otros: aquí está el pueblo mexicano, fusil al brazo defendiendo sus libertades!

Nuestra gloria consiste en pelear con un enemigo poderoso, con un ejército valiente: pues bien, que la posibilidad de un revés no nos abata. Por más grande que él fuera: aunque Forey penetrara al centro de las ruinas de Zaragoza, aunque numerosísimo ejército viniera después de Francia a tomar revanchas de tantas humillaciones y consiguiera algún triunfo, no nos dejemos abatir. La gloria inmarcesible que a México circunda, ¿qué victoria podría ofuscarla? La memoria de Zaragoza, ¿qué desgracia podría mancharla? La heroica defensa de Puebla, ¿qué cañones podrían borrarla de nuestra historia? ¿Y qué triunfos podrían lavar las manchas con que ha ensuciado a las armas francesas el diplomático Saligny? ¿Y qué gloria militar puede cubrir la humillación que Forey devora enfrente de nuestros soldados? ¿Y qué éxito por más brillante que fuera, que pudiera tener la expedición a México, justificará la infamia de la política imperial, lo ridículo de las pretensiones de Napoleón? Que el imperio se cubra la cara con ambas manos para esconder del mundo su afrenta...

Pero grande como lo es ya México, podemos aún sufrir una desgracia hoy que una festividad patriótica celebramos, pongámonos frente a frente de la desgracia, para que mirándola de hito en hito, estemos aun en nuestros júbilos preparados para la adversidad. ¡El pueblo a quien la adversidad no espanta, es invencible!

El ejército francés pudo llegar a Puebla faltando a la fe de los tratados. México está autorizado para decir hoy ante el mundo que si Laurencez se hubiera retirado a Paso Ancho, todavía la expedición a México, no ocuparía las posiciones del "Chiquihuite" y ya el terrible clima de nuestras costas habría vengádose de los que profanan nuestro suelo. Hasta hoy, la guerra que México sostiene, no sólo ha sido puramente defensiva, no sólo no ha salido de los límites en que el derecho internacional encierra sus territorios derechos, sino que se ha inspirado en la generosidad más franca y más sin ejemplo. Viene el ejército francés y sin declaración previa de guerra y atropellando los tratados a estilo de piratas, se introduce al país; y el gobierno mexicano se contenta con protestar que rechazará la fuerza con la fuerza: se transportan a Martinica a nuestros conciudadanos y la población francesa de México no ha sentido el ejercicio del derecho de represalia: se ponen fuera de la ley a nuestros guerrilleros y las municipalidades de la República se disputan como un honor el cuidado de los prisioneros heridos: se afilian a los nuestros entre los traidores y el Ejército de Oriente, devuelve a los suyos sin coraje: se entregan por fin al enemigo, las condecoraciones y cruces que en Puebla se le quitaron y el general Flores responde con una injuria al general Ortega, con un insulto al Gobierno mexicano; tanta generosidad ha arrancado ya un grito de admiración al mundo!

Semejante política, lo declaro sin ambages ha enaltecido la civilización de México, mucho más que la severa dureza de reciprocidad que el derecho internacional permite, hubiera hecho terrible su justa cólera. La guerra civilizada economiza crueldades inútiles, y el que es fuerte e invencible no mata a sus enemigos.

Pero si un revés viniera a dar una ventaja al ejército invasor, si la traición levantara su fea cabeza en el interior del país, si Napoleón en su ira nos mandara un ejército más numeroso, si el invasor profanara las ruinas venerables de Puebla, altar sagrado en que a torrentes se sacrifica la sangre mexicana a la autonomía de México, si la victoria un día fuera infiel a la causa de la justicia nacional, entonces nos fortificaremos todavía más dentro de las licencias que el Derecho de Gentes concede para batir a un enemigo que no lo observa; y si aún más fuere necesario, que matemos nuestros campos para que su soledad sea el único fruto de la conquista: hostilizaremos al enemigo de día y de noche con el fusil y con el cuchillo, con el incendio y con el veneno. La insurrección es el último de los derechos de un pueblo soberano a quien se pretende arrebatar sus libertades; y habrá guerra sin cuartel en toda la vasta extensión de nuestro territorio, hasta vencer y arrojar al invasor, o hasta que en México no haya un hombre que hable el idioma de nuestros padres. El ardor de un pueblo que defiende sus hogares del extranjero, jamás es excesivo, ha dicho el célebre Kutosow cuando el pueblo ruso quemando sus ciudades, derrumbó del poder a Napoleón el Grande.

Cuando ese célebre guerrero mandó a sus generales a conquistar a España, uno de ellos, Darmagnac, ocupó a Pamplona por una perfidia indigna de la grandeza del primer imperio: el pueblo español ofendido en su confianza, se levantó terrible y causó más desgracias en los ejércitos que habían recorrido en triunfo a la Europa, que bajas habían tenido en todas sus campañas. El segundo imperio, en su bajeza ha iniciado la campaña de México con la violación de sus compromisos: que los mexicanos de hoy imiten la conducta de los españoles, enemigos de Napoleón el Grande. México no hace la guerra al pueblo francés, ni es la honra de ese pueblo sostener las manchas que el emperador ha dejado como triste memoria de su inquieto reinado; pero México peleará con las tropas del imperio, hasta que el silencio de la muerte no responda ya al clarín del combate.

Los cañones franceses están tal vez, en este momento atacando a Puebla: el enemigo acaso en este instante hace un esfuerzo supremo para vengar su derrota de hace un año. Que el Ejército de Oriente solemnice aquella victoria con otra victoria todavía más espléndida: que el sol del 5 de mayo vuelva a ver la grandeza del heroísmo mexicano!

Cuando en la Convención de Francia se discutía el artículo constitucional que prohibía hacer la paz con el enemigo extranjero que pisase su territorio, preguntaba el diputado Merdier: "hemos hecho algún tratado con la victoria para sostener ese artículo?" Y entonces pudo responder Basire: "no; pero lo hemos hecho con la muerte". Y el pueblo cuyos representantes eso decían, venció a la coalición de catorce ejércitos.

Napoleón pronto verá el abismo que la cuestión mexicana ha abierto a sus pies y tal vez busque en los recursos de la diplomacia el medio de terminar esa cuestión que puede derrumbar su usurpado trono. Que México no firme la paz mientras un solo soldado extranjero pise su territorio. La campaña que Zaragoza abrió el 5 de mayo de 1862, la defensa de Puebla que Auza ha llevado hasta el sublime del heroísmo el 25 del pasado no puede terminar de una manera digna de México, si no aceptamos la palabra de Basire.

Dije.

9

COMUNICACIONES CON AUTORIDADES DEL SEGUNDO IMPERIO MEXICANO

18 de febrero de 1865

**Imperio Mexicano
Prefectura Superior
Política del Departamento
de Sinaloa**

Gregorio Almada, prefecto político del departamento de Sinaloa:

Concedió libre y seguro pasaporte al Licenciado Don Ignacio L. Vallarta para que de este puerto se dirija por la vía que más le convenga a la capital del Imperio, a asuntos propios. Por tanto, mando a las autoridades que están subalternadas a la prefectura de mi cargo, y a las de fuera del departamento, tanto civiles como militares, ruego y encargo no le pongan inconvenientes en su marcha, sino antes bien le proporcionen todos los auxilios de que manifiesta tener necesidad, pagándolos por los justos precios.

Es dado en Mazatlán, a los diez y ocho días del mes de febrero de 1875.

Gregorio Almada

Camarena
Secretario

Valga por el tiempo necesario.

**Prefectura Política
Superior del
Departamento de Colima**

El Prefecto Superior Político del Departamento de Colima

Filiación
Lugar de nacimiento: Guadalajara
Edad: 34 años
Estado: Casado
Profesión: Abogado
Estatura: Regular
Pelo: Castaño
Barba: Poblada
Ojos: Garros
Nariz: Regular
Boca: Id.
Color: Blanco
Señas particulares:
Término: 8 días
Derrotero:

Concedo libre y seguro pasaporte al Lic. Don Ignacio L. Vallarta para que pase a Guadalajara a negocios propios con un mozo.

Por tanto cuando a las autoridades sujetas a esa prefectura, y suplico a las demás no le pongan embarazo alguno en el libre uso de este pasaporte, sino antes bien le faciliten los auxilios que necesite y que pagará por sus justos precios.

Colima, mayo 3 de 1865
El prefecto Superior Político.

Mendoza

Queda tomada razón a fojas 3 fte. del libro respectivo
Gratis.

Guadalajara, septiembre 6 de 1865

El comandante militar francés de Guadalajara, invita al señor Lic. Don Ignacio Vallarta, a pasar mañana a las ocho y media de la mañana, a su casa, calle del Coliseo número 44, para un negocio particular.

El comandante militar

G. de L.

**Correspondencia
Particular del Ministro de
Gobernación**

Señor Don Ignacio L. Vallarta.

México, abril 10 de 1866

Muy señor mío:

Suplico a usted que se sirva venir mañana entre nueve y diez del día a este Ministerio para hablar con su atento servidor.

Q.B.S.M.

G. Salazar Blarregui

**Ministerio de Gobernación
Sección 3a.**

México, abril 11 de 1866

Sabiendo el Gobierno de S.M. el Emperador que existe usted en esta ciudad por haber sido desterrado del Departamento de Jalisco, se ha servido acordar se le permita que vuelva a Guadalajara; en el concepto de que el mismo Gobierno espera que vivirá usted pacíficamente; y se lo comunico para los efectos consiguientes.

El Ministro de Gobernación

Blarregui

Señor Don Ignacio Vallarta.
